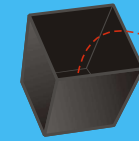


La negra mitad Barcelona mitad Habana

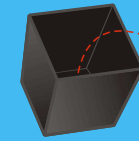


La Caja de la china

3

*La Habana está en todas partes, porque la llevas contigo sin miedo a desarraigarte.
X Alfonso. BSO Habana Blues.*

De Dinorah podría decir muchas cosas: que como esta caja doble, su corazón siempre estará dividido entre la Habana y Barcelona, la primera será siempre su ciudad de amor-odio, a la que tendrá que regresar aunque los policías le pidan el carnet por pararse en los bajos del Hotel Habana Libre, aunque “la peste” de las calles del guetto de Centro Habana le persiga y los fumigadores y la tristeza que se desmorona como escombro, ella vendrá siempre a insultar a la muy querida Habana nuestra. Y a disfrutarla desde una nostalgia incomprensible, desde la confirmación que del otro lado del mar está Barcelona, los cafés fashion, la rambla, los amigos nuevos, el amor, y una ciudad que le encaja como anillo perfecto a su dedo bohemio. Quizás no importa mucho a donde vamos si sabemos de dónde venimos, por eso la negra es una cubana típica.



La Caja de la china

3

DIARIO DE CLASES (CLASSE TROISIÈME). Dinorah Zequeira Domínguez.

La búsqueda:

Me autoengaño, aquí tampoco me siento diferente. El idioma no me conduce, no soy de él solamente, pero es otra necesidad de comunicarme, no me consume. Como todo, es fuego, y como todo, soy agua. Rueda el lápiz y se parte la punta, me enoja como una guerrera. El azul de esta mañana es superior al de ayer, es un rompealás, soy triste, muy triste, pero el profesor me hace resucitar...

El profesor de francés (retrato):

Todos los días llega como si no pasara nada. Sus ojos son azules. Pienso que los puedo tocar, los toco y son míos, no quiero otra cosa de él. Su mundo no está aquí tan cerca como el olor a yerba fresca que se cuele por entre las persianas. Nos distrae y nos perdemos un segundo. Ahora no somos, él tampoco, el jardinero sí, es Albert el negro, cada día más prieto. La sala de clases se ha puesto oscura dentro de nosotros, cada pupitre es la esquina de un barrio parisino, el mercado está vacío, en el metro el violinista me ha rozado con la punta del violín, llueve y llueve, llover tanto es aburrido en cualquier parte, elegantes y fríos, los hombres van debajo de los paraguas, esta noche dormiré feliz, François vela los cuadros del Louvre para pagar la renta, *bonjour, ça-va?* El profesor nos pone a salvo, la clase retoma su color, pero quedamos diluidos. La particularidad del profesor es hacernos creer que no ha pasado nada. Nos convence. Cualquier intento de aprendizaje de un idioma debe ser fuerte, respiración profunda, relajar músculos faciales, lengua suelta. El profesor me orienta ir a la pizarra. Confundo los verbos, tengo los ojos sucios de la fiesta de anoche. Diez y treinta, suena el timbre, es receso, no muero, se detienen las balas, me angustio, pero entro al patio, ahora tengo deseos de templar con todos. El profesor se acerca, entra a la Toilette, el asma le pronuncia la espalda, hay silencio. Seguramente está sintiéndose libre frente al espejo, minutos después descargará el inodoro, sonando el agua calma, imagino su pene estilo torre Eiffel en los años ochenta. Sale incólume, con la mirada vacía. Regreso a la pizarra. Sudan mis manos y la tiza me mancha, siento miedo, todo está nublado, los verbos me aplastan, algunos alumnos se conmueven, otros aprovechan y miran hasta saciarse mis únicas sandalias sucias y gastadas, quiero gritar y salir, salir corriendo, imagino que toco los ojos del profesor, él a la vez toca los míos.